

# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XIV JORNADAS

VOLUMEN 10 (2004), Nº10

Pío García

Patricia Morey

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



## ¿Deconstrucción de la historiografía? : documento y archivo en Jacques Derrida

Omar Acha\*

La amplitud de la obra filosófica de Jacques Derrida concernió a diversas disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales, pero no específicamente a la historiografía. No obstante, quizás ningún otro saber moderno se encuentra más poblado de supuestos metafísicos que no son extraños a los temas habituales de la deconstrucción, sin que el conocimiento histórico mostrara un impacto de envergadura. El "posmodernismo" (caja negra donde la deconstrucción está incluida) ha sido conjurado desde todos los territorios historiadores "serios".<sup>1</sup>

Las nociones de verdad como correspondencia, de continuidad, de "influencia", de documento y archivo como garantes de la cientificidad de la historia están habitadas por creencias que parece difícil cuestionar sin que emerjan gestos defensivos acusadores de escepticismo y de derrotismo epistemológico. A tales males se agregan los presuntos peligros políticos de alimentar a los negacionismos.<sup>2</sup>

Existen, ciertamente, algunas eficacias en la escritura histórica que se alimentaron de la deconstrucción de las nociones de esencia, sentido pleno e identidad. Los trabajos de Joan Scott (desde la historia de género), Gayatri Spivak (desde los estudios postcoloniales), o de Dominick LaCapra (desde la historia de intelectual), son ejemplos de ello.<sup>3</sup> Sin embargo, esas intervenciones de investigación y escritura no han conseguido impactar en las certidumbres más hondas de la historia académica. En busca de los posibles espacios de interlocución entre historiografía y deconstrucción, propongo aquí algunos temas derivados de la obra de Derrida.

Una primera cuestión que interesa a una disciplina de conocimiento tan estrechamente ligada al análisis e interpretación de textos se vincula con la lectura y la escritura. La historiografía apoya sus créditos científicos en la interpretación de las "fuentes", los "documentos". Estos pueden ser escritos, pero también pueden ser imágenes o cuerpos tridimensionales. En cualquier caso, la noción de contexto ofrece los términos de toda "buena interpretación" histórica. En efecto, en la medida en que es el contexto el que asegura la pertinencia de una interpretación, es preciso que ese contexto sea establecido rigurosamente para que habilite el trabajo interpretativo.

¿Existe algún contexto, de los muchos posibles, que sea necesariamente el más adecuado en la producción de significados? Y si es así, ¿es posible identificarlo en el juego de los desplazamientos junto a otros contextos? Si los contextos son siempre tan inestables, ¿no es *todo* metáfora: la producción y la lectura o escucha? Si ello es así: ¿no pierde la historiografía su especificidad disciplinar en favor de la crítica literaria? Estas indicaciones podrían inflacionarse hasta el hartazgo. La brevedad hace necesario sintetizar la discusión sobre la deconstrucción de las

\* Universidad de Buenos Aires. École des Hautes Études en Sciences Sociales  
*Epistemología e Historia de la Ciencia*, Volumen 10 (2004), Nº 10

principales estrategias de simplificación de la producción escrita: la imposibilidad de describir un contexto en saturación, es decir, que nos dé la clave de un texto. En la multiplicidad de los contextos se detiene la unicidad de la significación y, de ese modo, se inaugura la interpretación. Pero la respuesta historiadora se ampara en la evidencia del archivo. El archivo existe, y supone un límite. ¿Pero es el concepto de archivo un concepto elaborado?

El archivo es la piedra de toque epistemológico de la historiografía. En el siglo XIX, Johann G. Droysen estableció la *Historik* que -bajo el nombre de "metodología de la historia"- se impuso en la historia científica. Pero esa metodología descansa en que desde el archivo como repositorio de los rastros de lo ocurrido se pueda articular un relato verdadero. Aceptada la diversidad de las interpretaciones posibles, la multiplicidad de los contextos, la equivocidad de toda significación, el archivo es aún adónde recurren las historiografías en competencia. ¿Qué es un archivo?

Derrida recuerda que la palabra *archivo* deriva de *arkhé*, que es a la vez "comienzo" y "mandato". El archivo instituye un orden y una ley. La "memoria" implica una narración y un modo de "archivarla". Es también una autoridad, pues Derrida también refiere a quienes mandaban en la antigua Grecia: los *arcontes*. En sus casas se depositaban los documentos oficiales. Pero no solamente tenían la capacidad de albergarlos, sino también de interpretarlos. Para los arcontes eran conjuntos de signos, que mientras estaban en sus moradas, estaban en *consignación*.<sup>4</sup>

La deconstrucción del concepto heredado de archivo emerge en el diálogo con el psicoanálisis freudiano. ¿Por qué? En Freud se encuentra una elaboración de la relación del sujeto con el tiempo en términos de arqueología, primero, y de genealogía, después. A lo largo de su trayectoria teórica, la complejidad de la temporalidad subjetiva, el status de las fantasías originarias (*Urphantasien*), la repetición y la relación entre construcción y verdad proveen de una eficacia de lo archival que no fue tratado explícitamente -salvo en la "Noticia sobre la pizarra mágica"- pero que estuvo presente en todos sus textos.

La consignación que autoriza a los arcontes tenía la pretensión de la exclusividad. En efecto, si los documentos estuvieran por doquier, ¿cómo podrían ser sólo ellos los que se autorizarían a través de su interpretación? ¿Qué ley, qué legitimidad se podría sostener sin la consignación como exclusividad?

Precisamente allí es donde interviene la alusión a Freud: en que la relación entre el archivo y la memoria no se constituye sin un exterior al archivo como principio archivológico. En otros términos, todo lo que alguna vez fue impreso en la memoria (por ejemplo, un trauma) adquiere su consistencia subjetiva a través de la repetición que, en la situación de la transferencia, es condición de posibilidad de la vida posterior y de la clínica psicoanalítica. Esta repetición, sin embargo, no aparece en Freud sólo como la reiteración más o menos variable del pasado, no sólo como oscilaciones de la memoria, sino también como fundamento de la pulsión de muerte. Lo que permite la continuidad de la biografía es la muerte, y la existencia del archivo mnemotécnico es el otro aspecto de la destrucción. "El archivo", dice Derrida, "trabaja siempre y *a priori* contra sí mismo".<sup>5</sup> Hoy la digitalización de los documentos ha cambiado ese destino, pero la historia de los archi-

vos era la de su disolución. De año en año, la consulta de los papeles viejos destruía –a pesar de todos los cuidados- esos trazos que se quería preservar. Lo que no ha cambiado es el rasgo aporético del archivo, a saber, que a pesar de su carácter necesariamente parcial está condenado a vencer la muerte por medio de una expansión permanente de sus existencias. Como el mapa borgeano, el archivo sólo alcanzaría su saturación y por ende su autonomía, una vez que toda la historia pasada y presente estuviera contenida por él. Como ese ideal es imposible, cuánto más se conserva de ese pasado es más lo que esos eventos registrados en documentos dejan por conocer. Y es por ello que la afirmación del archivo, lo que le otorga su dignidad, es que sus existencias estén bien ordenadas, catalogadas, indizadas, en perfecta secuencia.

La deconstrucción concibe al archivo como una escritura. Es una superficie que se constituye “en profundidad” cuando archiva los documentos. Pero esa archivación no va de suyo, sino que produce, tanto que registra, el acontecimiento.<sup>6</sup> Ejerce, pues, una violencia de selección y ordenamiento. El carácter político del archivo, presenta la cuestión capital: ¿cuántos archivos existen? ¿De qué tipos de archivos estamos hablando? ¿Hay archivos reprimidos? ¿Existen archivos que no dicen su nombre: archivos inconscientes? Precisamente de esto último habla el psicoanálisis. Hay diferentes maneras de archivar. Las huellas mnémicas se distribuyen en las instancias de la primera tópica freudiana y allí circulan según una dinámica, pero también una economía.

En “Freud y la escena de la escritura”, Derrida había analizado cómo el autor de la *Traumdeutung* pensaba metafísicamente el “registro” de las huellas mnémicas en la “otra escena” según los términos de un soporte externo (la pizarra mágica) a las formaciones de lo inconsciente.<sup>7</sup> Con ello Freud preservaba a los procesos primario y secundario de la escritura como actividad constitutiva, y en cierto modo suturaba las ambigüedades que el concepto de interpretación en psicoanálisis abría. Una reconstrucción de los temas freudianos desde toda su obra muestra que el “mal de archivo”, su carácter político, emerge una y otra vez.

¿Cuáles son las preguntas que surgen a partir de una tematización freudiana iluminada por la gramatología? Derrida las enuncia en el contexto de una discusión con Yosef Yerushalmi en torno a la historia judía, pero aquí es factible extender sus eficacias.

Una primera cuestión refiere al archivo y al archivar. El archivar es una violencia instituyente, y no hay archivo sin política. Es cierto que un archivo es muchos archivos, como puede verse en las secciones de todo gran archivo. Pero también habilita otros sitios de archivación. ¿Por qué no es un archivo la arquitectura de una ciudad? ¿Por qué no lo son los recuerdos de sus habitantes? He aquí una segunda problemática: ¿cuáles son los límites del archivo? Si es archivable lo que puede ser puesto a disposición pública, para la consulta historiadora (profesional o no), ¿qué sucede con lo que no puede ser registrable de modo indeleble? Derrida presenta el ejemplo de los mensajes por correo electrónico. ¿Qué sucede con esa “correspondencia”?

El archivo acumula materiales del pasado, o del presente en vistas de que se tornará pasado. Pero: ¿hay acontecimientos legibles en sus futuros posibles? La historia de las fantasías originales en Freud sólo es posible desde el futuro. Así

cuando el Hombre de los Lobos recuerda la escena primaria, el único modo posible de registrarla es en el futuro, pues lo que le otorga radicalidad subjetiva es el espacio entre su ocurrencia real (que no podría probarse definitivamente) y su repetición tardía en cuanto rememoración. Ahora bien, ¿hasta dónde es esto una situación excepcional? El archivo archiva según un patrón de identidad: se archiva lo que es pertinente. El Archivo General de la Nación, en Argentina, resguarda lo que es relevante para la historia argentina. Lo mismo hacen los archivos nacionales en Turquía y Francia. Esa es la diferencia con los atributos culturales de las bibliotecas, incluso las "nacionales", que preservan sin limitaciones. Pero: ¿por qué esa identidad no vendría también del futuro? Y entonces: ¿por qué no pensar los futuros posibles y archivarlos?

¿Es compatible el concepto heredado de archivo con la deconstrucción de las identidades? Este es quizás una consecuencia radical de la deconstrucción del concepto de archivo. Para la historiografía tiene efectos graves, porque conmueve un dogma central, un núcleo íntimo de la historia profesional: aquel que dice que la historia está ligada al pasado. El tiempo de la historiografía es el tiempo pasado. La llamada *histoire du temps présent* es una variedad más bien rara y marginal que trata los acontecimientos de un pasado reciente. La historia de los futuros posibles es concebida como "ciencia-ficción", o más exactamente como una ficción de ciencia, ante la cual la historiografía pretende ser científica. Y no habría que dar por descontado que es imposible la elaboración de una historiografía problematizada en torno al tiempo antes que al solo pasado, y que esa criatura, hoy apenas imaginable, contenga las exigencias de contrastación empírica, refutabilidad, y responsabilidad.

La deconstrucción de la noción de contexto desestabiliza las condiciones de un entendimiento correcto de hablantes tal como aparece en Austin. Derrida argumenta que los casos marginales y parasitarios que eran apartados por Austin son los que mejor presentan los problemas irresolubles del paradigma de la "comunicación". Instalando su problemática de la escritura como espacio proliferante y de la diferencia, las significaciones que en Austin pertenecerían a lo "no serio" y por ende descartable para la comprensión entre los hablantes emerge como condición. Lo que recorta las emisiones lingüísticas correctas y convencionalmente adecuadas de las parasitarias sería el ajuste al contexto vigente y normal. Derrida nota que es el contexto el que, más que las convenciones, garantiza la comprensión y la eficacia ilocucionaria. Dado que las expresiones emitidas tienen la propiedad de ser reiterables, nuevamente citables, su adecuación a una situación concreta deriva del establecimiento de un contexto adecuado. La objeción de Derrida es que la determinación de un contexto adecuado es una operación arbitraria de exclusión de una multiplicidad de contextos posibles, cada uno de los cuales está habitado por desplazamientos y equívocidades.

La deconstrucción de inspiración freudiana de la noción de archivo que Derrida desarrolla en *Mal de archivo* presenta un ejemplo fundamental de la virtualidad de esta puesta en cuestión de los ya antiguos dogmas de la historiografía. El archivo como tesoro de documentos, como fuente de orden y de ley, se constituye alrededor de una identidad presuntamente estable. De allí se deriva un vínculo con el pasado. En ambos casos las exclusiones que implican (respecto a lo que no

ingresa en esa identidad y al futuro) poseen consecuencias para la reflexión sobre este dispositivo fundante de las operaciones historiográficas. El archivo es una entidad política. Antes de dar cabida a los materiales, los constituye como acontecimientos de una historia. El archivo no es, pues, un artefacto exterior, sino que es constituyente del exterior de toda narración historiadora. Él mismo es histórico. ¿Qué otros archivos son posibles? ¿Puede existir un archivo abierto a una noción de identidad siempre por venir? Los efectos historiográficos de una reconstrucción del concepto de archivo cuestionan ciertos postulados historiadores constitutivos de su pretensión de ciencia. La deconstrucción no niega la relevancia de los conceptos caros de la historiografía. Por el contrario, puede ser articulada en un esfuerzo por pensarlos críticamente. En modo alguno la acusación de que así se abren vías reales al irracionalismo y al escepticismo, y peor aún a proyectos ideológicos negacionistas, podrían obtener justificadamente este proyecto de revisión de los dogmas y aporías de la historiografía.<sup>8</sup>

¿Cuándo la historiografía tomará como un tema de su reflexión un tema que ha sido derivado a la filosofía de la historia. qué es historia? ¿Cuándo se extraerán las consecuencias de distinguir entre la historia real en su transcurrir (*Geschichte*), la narración de los hechos de esa historia (*Historie, historia rerum gestarum*), y la historia verdadera de la realidad?<sup>9</sup> El pensamiento de Derrida no podría proveer respuestas a estas y otras cuestiones porque su vía es básicamente deconstructiva y no positiva. A través de él, posiblemente, se habiliten reflexiones teóricas pero sobre todo políticas. En definitiva, porque la teoría deconstruccionista es una teoría de la universalidad de lo político.

### Notas

1 Lawrence Stone, "History and Postmodernism", en Keith Jenkins, ed., *The Postmodern Reader*, London, Routledge, 1997, pp. 242-243; Roger Chartier, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998; Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth about History*, New York - London, Norton, 1994.

2 Carlo Ginzburg, "Just One Witness", en Saul Friedländer, ed., *Probing the Limits of Representation*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1992, pp. 82-96. Bryan Palmer, *Descent into Discourse. The Reification of Language and the Writing of Social History*, Philadelphia, Temple University Press, 1991

3 Joan Scott, *Gender and the Politics of History*, New York, Columbia University Press, 1988; "Experience", en Judith Butler y J Scott, eds., *Feminists Theorize the Political*, New York, Routledge, 1992; "Historia de las mujeres", en Peter Burke, ed., *Formas de hacer la historia*, Madrid, Alianza, 1994; *Only Paradoxes to Offer. French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge, Harvard University Press, 1996. Dominick LaCapra, *Rethinking Intellectual History. Texts, Contexts, Language*, Ithaca, Cornell University Press, 1990. Gayatri Chakravorty Spivak, *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, New York, Methuen, 1987; idem, *A Critique of Postcolonial Reason: Toward a History of the Vanishing Present*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1999.

4 J Derrida, *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid, Trotta, 1997, p. 10.

5 Ibidem, p. 20.

6 Ibidem, p. 24.

7 J Derrida, "Freud y la escena de la escritura", en *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1987 [ed. fr., 1967]

8 Derrida la denomina una "lógica perversa" "Por supuesto", aclara, "habrá que combatir sin descanso los peores de esos revisionismos o negacionismos. Pero aquí y allá, se perciben los signos precursores de una perversidad simétrica y no menos amenazadora. Pertrechados de una buena conciencia imperturbable (...) algunos no se contentan con sacar provecho de los fantasmas que asedian nuestra memoria más

dolorosa. Se consideran autorizados también, por las mismas, a manipular impunemente, sin ningún escrúpulo, la palabra misma de 'revisiónismo'. Están dispuestos a convertirlo en una acusación contra cualquiera que plantee cuestiones críticas, metodológicas, epistemológicas, filosóficas sobre la historia, sobre la manera en que es pensada, escrita o en que está establecida, sobre el estatuto de la verdad, etc. (...) Resulta urgente recordarlo: parcelas enteras de la historia, sobre todo la de este siglo, en Europa y fuera de Europa, habrán todavía de ser interrogadas y desocultadas, cuestiones radicales habrán de ser planteadas y refundidas sin que haya ahí ningún tipo de 'revisiónismo' Digamos incluso: lo contrario". J. Derrida, *Espectros de Marx. El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*, Madrid, Trotta, 1995, p. 122 n.

9 En una conferencia sobre la mentira, Derrida alertaba sobre estas diferencias. Cf. J. Derrida, *Historia de la mentira. prolegómenos*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires-Facultad de Filosofía y Letras, 1997, p. 17. Cf. También, *Dar (el) tiempo. I. La moneda falsa*, Barcelona, Paidós, 1995 [1991], pp. 120-122.